

la religion y el nacimiento; calcula tú ahora lo que me será posible conseguir en favor de la persona que esté bajo de mi proteccion.

— ¿Que es preciso hacer para merecerla? preguntó Bebrix procurando dar á su voz una tierna entonacion. ¿Debo amarte á tí que eres la más bella de las mujeres?

— Debes obedecerme, respondió Elomare, con triste y melancólico acento. ¿Olvidas acaso que soy la esposa de Vintex? ¿Olvidas por ventura que la fangosa laguna espera en sus hediondas aguas á las adúlteras? ¿Has olvidado tal vez á la hija de Ruscín?.... Tú amas á Valla, Bebrix; Valla te amará, no lo dudes; hoy ha empezado.

Al decir estas palabras Elomare apartó el velo que cubria su bello rostro, alumbrado en aquel momento por el rojizo resplandor de lejanas hogueras, y su fiera arrogancia hizo estremecer á Bebrix.

— Mirame, le dijo, mirame bien, para que puedas reconocerme en la Asamblea de la Nacion; y no te olvides que has de presentarte en ella como uno de nuestros más ricos y poderosos guerreros.

Y escapando lijeramente, desapareció.

Bebrix siguió con la vista largo rato aquella blanca figura, que la hubiera creído una fantástica y soñada aparicion, si no

viera á sus piés el rico tesoro de que Elomare lo habia hecho poseedor.

### III.

Todavía trascurrió un mes ántes que los diferentes pueblos y ejércitos, convocados por el rey Ambigat para la Asamblea general de la Nacion, pudiesen llegar al sitio designado para celebrarla.

Una luna despues de los sucesos que se dejan relatados en el precedente capítulo (1), veíanse ocupadas por una inmensa multitud de gentes las llanuras que bañan el Auron (2) y el Eure (3), donde se asienta hoy la ciudad de Bourges (4), residencia entónces del rey Ambigat, y en cuyas cercanías existía el Bosque Sagrado.

Los capitanes y soldados que, secundando la llamada de Ambigat, habian acu-

(1) Los celtas dividian sus años en lunas

(2) Rio tributario del Eure, y al cual se une cerca de Montreuil.

(3) Nace el Eure en unos pantanos en el departamento del Orne, y va á desaguar en el Sena por las inmediaciones de Pont-del-arche, despues de un curso de 65 leguas.

(4) Antiquísima ciudad con 18.000 habitantes. Fué capital del Berry, y hoy lo es del departamento del Cher. Créese que su fundacion data del tiempo de los celtas. Julio César la destruyó 52 años ántes de Jesucristo, y despues fué reconstruida por Carlo-Magno. Ha sido patria de Luis XI, de Santiago Cœur, de Bourdaloue y de Juan de la Chapelle.—(N. del T.)

dido con entusiasmo á dicha Asamblea, eran los Ambíbaros (1); los Caruntos (2), tan célebres por su fiereza y por la solemnidad de sus sacrificios, y que habian practicado el viaje atravesando con mil penalidades los espesos bosques y los desiertos de aquella comarca; los Aulerces ó Aulerques (3), á los cuales habian servido de guía para su camino las riberas del Eure; y finalmente, los Tectósagos, cuyo país se extendia desde las orillas del Ródano á las montañas del Firineo. Estos últimos eran los más numerosos, y sus tres campamentos ocupaban tanta extension como los de todas las demas tribus. Uno de estos tres campamentos era, á su vez, más extenso que los otros dos reunidos, y pertenecia á los soldados de Bebrix, quién, como se ve, habíase presentado digno de ejecutar los proyectos de Elomare.

En el más reducido de estos campamentos, y bajo una tienda formada con estacas y pieles, hallábanse reunidas tres personas: eran Valla, Ruscin y Saron. Un profundo y absoluto silencio reinaba entre ellos; cada cual se entregaba á su propio

---

(1) Pueblos que habitaban el territorio llamado hoy la Normandia.

(2) Del territorio de Chartres.

(3) Del país de Evreux, á orillas del Maine y del Loire —(N. del T.)

pensamiento; ninguno manifestaba interes por conocer el de los demas, ni deseos de comunicar el suyo propio. Cualquier observador, que no hubiera estado poseido de la preocupacion de estos tres personajes, hubiera podido leer en la fisonomia de cada uno de ellos los encontrados sentimientos que respectivamente les dominaban. Las facciones de Ruscin se encontraban alteradas por la concentracion de su cólera, al considerarse impotente para penetrar un misterio que no acertaba á explicarse: la melancólica fisonomia de Valla expresaba una honda tristeza, y sus hermosos ojos dirigian miradas de conmiseracion y de lástima al jóven Saron, en cuyo pálido, tétrico y aflado semblante se retrataba el abatimiento de su espíritu y la perdida esperanza de sus ilusiones.

—¡Es un prodigio inexplicable! — exclamó Ruscin rompiendo el silencio. — He consultado á los sabios Eubajes (1) acerca de tan extraña desdicha, y me han contestado que no es necesaria la intervencion del cielo para explicar el por qué los soldados han preferido seguir á un jóven fuerte y robusto más bien que á un anciano

---

(1) Druidas á quienes los celtas consultaban todos los misterios: se dedicaban al estudio de la física, de la astronomía y de la adivinacion —(N. del T.)

no; á un jóven valiente y animoso mejor que á un.....

Saron se levantó súbitamente.

Era Saron un jóven pálido y rubio, de presencia débil y de estatura poco elevada: su descarnado rostro y la flaqueza de sus miembros acusaban su escaso vigor; pero al ponerse de pié, por la fiereza de su actitud y por el fuego que despedían sus rasgados ojos azules, hubiera podido creerse que bajo aquella mezquina y pobre naturaleza se ocultaba un corazón de hierro.

— Ruscín, — dijo, — procura economizar los insultos y las palabras inconvenientes, que no servirían sino para sembrar el ódio y las desavenencias entre nosotros, sin que por ese medio pudiéramos sondear el origen de este misterio. No me asombra ni me sorprende que los Eubajes te hayan hablado con desprecio de tu vejez y de mi flaqueza, porque vivimos en un siglo y bajo unas costumbres en que la juventud merece más consideraciones que la ancianidad, y en que la fuerza del cuerpo, y no la de la inteligencia, decide solamente el lugar que los hombres deben ocupar entre los justos y entre los poderosos; pero ¿cómo se explican los Eubajes de dónde ha podido adquirir Bebrix el oro que ha prodigado con nuestros guerreros para que deserten de nuestras banderas, y cómo po-

see las alhajas y joyas que ostenta con tanto orgullo y vanidad?

— En efecto, — dijo Valla, — no existe ningún otro guerrero que pueda igualar la magnificencia de Bebrix; su cinturón, formado de estrellas de oro, resplandece como un cielo despejado en noche serena: su collar y sus brazaletes de piedras brillan como los reflejos del sol. Hay que reconocer que, engalanado así, aparece hermoso como el hijo de un rey: casi ha eclipsado á los dos grandes guerreros Sigovesso y Bellovesso.

— ¿Te ha parecido hermoso, Valla? — preguntóle Saron con tono de triste reconvencción.

Valla comprendió con esta pregunta la interpretación que podía darse á sus palabras, y sus mejillas se tiñeron de carmín. La observación de Saron le hizo conocer el extraño sentimiento que se había apoderado de su corazón, sin que ella misma se diese cuenta de ello. Jóven y hermosa, aficionada á la ostentación, al lujo y al esplendor de las riquezas, había despreciado siempre el amor de Bebrix, cuya túnica y sayal eran de un grosero tejido de lana, y cuyas armas eran de tosco hierro; admirando, por el contrario, en Saron, la magnificencia de sus vestiduras y el bruñido de sus aceros. Pero desde que pudo admi-

rar la arrogante y varonil presencia de Bebrix y le vió adornado de ricos trajes y preciosas joyas, desmereció Saron á sus ojos, y quién sabe si se reprochó el haberle ántes desairado tan inconsideradamente. Sin duda que, al descubrir por primera vez este sentimiento en su corazón, debió Valla avergonzarse; pero ese mismo descubrimiento la condujo á reflexionar sobre él, y puede suponerse que Saron no debió quedar bien parado en estas idas y venidas de la imaginación de la jóven.

La conversacion siguió su curso, y Ruscín respondió á Saron, á propósito del asunto:

— Los Eubajes, — dijo, — no han querido escucharme, cuando yo les manifesté mis deseos de saber el oríjen de las riquezas de Bebrix.

— Eso no prueba más sino la falsedad de su ciencia.

— Silencio, jóven imprudente, — dijo Ruscín. — Los Eubajes poseen la ciencia en más alto grado de lo que tú puedes alcanzar; conocen el oríjen de más de una fortuna, y tal vez pudieran revelarlo si se les irritase.

Ruscín pronunció esas palabras ajitándose todos sus miembros con un estremecimiento convulsivo y cubriéndose el rostro de mortal palidez. Saron quedó asom-

brado, porque comprendió la causa de aquel terror.

El caudal que poseía Ruscín tenía una fatal procedencia: había pertenecido á su esposa, y lo había heredado de ésta por virtud de un funesto crimen. En los matrimonios, según las leyes y costumbres de los celtas, se formaba inventario de los bienes y alhajas que cada contrayente aportaba á la sociedad conyugal, y según esa misma ley, cuando fallecía uno de los esposos se practicaba la debida separación: este constante y recíproco derecho tenía una excepción á favor del marido cuando la esposa, acusada del crimen de adulterio, y convicta ante el tribunal de los Vaceres (1), había sido sentenciada al suplicio del látigo y á ser sumerjida en la fangosa laguna destinada á sepultar su infamia. Queriendo Ruscín poseer las inmensas riquezas de su esposa, había supuesto el adulterio; buscó falsos testigos para probarlo, jueces para sentenciarla, y la desventurada esposa sufrió el horroroso suplicio que Bebrix tan cruelmente había recordado á Valla.

Aunque después del suceso se dudó en la comarca que ella hubiese cometido el crimen que se le imputó, y aunque se elevó contra el marido un océano de sospe-

(1) Jueces druidas.

chas en vista del cuantioso provecho que habia reportado, Ruscín aparentaba despreciar esos rumores; pero su asombro y su terror fueron indefinibles cuando los Eubajes de la Sagrada Selva le dieron á entender que conocian su secreto. Ruscín ignoraba, como todos los celtas, que una periódica, secreta y misteriosa correspondencia hacía saber al jefe de los druidas, con exactos detalles, los acontecimientos que tenian lugar en las más distantes provincias; y estos pueblos, cuya ignorancia y falta de costumbre era absoluta en materia de comunicaciones y relaciones con los pueblos lejanos, suponian que la distancia debía ser, como la noche del porvenir, un misterio impenetrable que sólo era dado descifrar á los que se hallaban dotados de la ciencia y del poder de la adivinación.

Ruscín, con la advertencia que recibió del jefe de los Eubajes, á quien habia consultado, no se atrevió á llevar más léjos sus averiguaciones sobre el orijen de la fortuna de Bebrix, y continuó en la ignorancia de este secreto, sin alcanzar, ni suponer siquiera, que el sacerdote, conociéndolo, podia tener sus razones para no descubrirlo.

Un diálogo, cuyos interlocutores no se decidían á manifestar los sentimientos de

su conciencia, debía sufrir frecuentes y largas interrupciones. Un nuevo silencio volvió á reinar entre los tres personajes; sin embargo, habia cambiado la expresion de sus semblantes. La calma de una laboriosa meditacion habia reemplazado en la fisonomía del anciano á su colérica expresion, y Valla se habia entregado á profundos pensamientos, cuya causa estaba en otra parte, por más que ávidamente la buscaba cerca de sí: solamente Saron conservaba su aspecto triste y abatido.

Ahora tambien fué Ruscín el que rompió el silencio; pero esta vez lo hizo en voz baja y apénas perceptible, como quien tiene miedo de escucharse á sí mismo.

— Aquí se oculta una traición, dijo. ¿No os ha llamado la atencion el calor y el entusiasmo con que Elomare ha defendido los derechos y las pretensiones de Bebrix en la reunion del Consejo? ¿Qué significa, pues, el interes de esa mujer, que ha encontrado en mi casa la hospitalidad, y que emplea su influencia en favor de un hombre á quien jamas ha hablado?

— Ya te lo han dicho los Eubajes, respondió Saron con melancólica expresion de amargura. Las mujeres, como los soldados, siguen á los más fuertes y apoyan á los más hermosos.

— Me acusas injustamente, dijo Valla

con viveza. Yo he hablado en tu favor, Saron.

Sonrióse irónicamente Saron de la injuria que con tanta candidez le había dirigido la jóven, y contestóle:

—¿Acaso hubieras podido desertar, Valla, como mis soldados?

—Jóvenes, dejad vuestras amorosas querellas y escuchadme, dijo Ruscin. Vosotros no habeis tenido motivos, como yo, para saber que cuando hemos llegado á estos lugares ha sido bastante un solo hombre para trasportar á la morada de Elomare el cofre que encerraba sus riquezas, cuyo tesoro pesaba tanto al emprender nuestro viaje, que yo mismo, con grandes esfuerzos y ayudado de otro soldado, apenas pude acomodarle sobre su carro.

—¿Crees tú, padre mio, que Bebrix haya robado á Elomare las riquezas que actualmente posee? preguntó Valla con alzada voz.

—No: el robo ha sido imposible en nuestro campamento. Además, si esas joyas hubieran sido robadas á Elomare, ella las habría reconocido en poder de Bebrix: es más; si no fueran un donativo, ella las hubiera reclamado.

—¿Qué quieres dar á entender? exclamó Saron. ¿Ignoras la magnitud de una acusacion semeiante, y has olvidado la

clase de suplicio que preparas á la culpable?

—Lo sé, lo sé, repitió Ruscin con impaciencia, y continuó con creciente calor. Pero también sé que, alarmado con la fuga y desercion de mis soldados, velaba y recorría yo una noche mi campamento; sé que habiendo llegado á la tienda donde debía descansar Elomare, la encontré desierta; sé que habiéndome decidido á esperar su regreso, al penetrar ella en su tienda le turbó tanto mi presencia, que á pesar de su habitual audacia no acertó á demandarme los motivos de mi visita y se apresuró á presentar excusas por su salida; sé, por último, que en el corazón de esa mujer se anidan siniestros y ambiciosos proyectos, que tú también alcanzarías, Saron, si en vez de ser el preferido de Valla, hubieras sido despreciado por ella.

—¡Oh, Ruscin, qué dices! exclamó Saron pasmado de asombro y de terror.

—¿Y no has observado, continuó Ruscin, que se animaba con sus propios razonamientos, no has visto que Vintex no ha vuelto de su viaje? Todos los pueblos de las comarcas que ha visitado han llegado ya, como nosotros; pero despues de haber pasado Vintex el Ródano ya no se han vuelto á tener noticias suyas, ni ha venido á la Asamblea general ninguno de los pueblos

que habitan más allá de ese río. Esto no significa otra cosa sino que el Ródano ha sido el límite de los viajes y de la vida de Vintex, y por el escaso interés que su ausencia ó tardanza inspira á Elomare, hay que suponer discretamente que ella estaba preparada para no volverle á ver.

— ¡Ruscín! ¡Ruscín! exclamó de nuevo Saron. ¿Has calculado todos los crímenes que revelan tus palabras?

— Jóven, tú no sabes adónde conduce la ceguedad de las malas pasiones cuando éstas se arraigan en el corazón de una mujer ambiciosa; tú no sabes por qué horribles senderos llegan esas pasiones al logro de sus propósitos; y tú ignoras, sobre todo, las ficciones y los engaños con que se gobierna á los pueblos y se maneja á los hombres.

Valla escuchaba á su padre con ávido temor, y una súbita palidez descoloró su semblante cuando le oyó hablar de las insensatas pasiones que dominaban á las mujeres ambiciosas. Ni su amante ni su padre se apercebieron de esto, y Saron contestó á Ruscín:

— Es cierto que ignoro todo eso, y me felicito de mi ignorancia; pero quisiera que me explicaras con qué fines ha podido Elomare cometer los crímenes de que la acusas con tanta lijereza. Si Vintex no ha muer-

to, lo cual nadie puede asegurar, ¿cómo se ha atrevido ella á disponer de las riquezas de su esposo en favor de Bebrix?

— ¿Y quién te dice que no sean las suyas propias las que ha ofrecido á su amante?

— ¿A su amante? exclamó Valla.

— ¿A su amante? prorumpió Saron. Pero tú conoces bien la ley cruel que castiga á las adúlteras.

— Y sé también, añadió Ruscín en voz baja, que lo mismo se tienea testigos para afirmar lo que no es, como para negar lo que es.

— ¡Locura! dijo Saron. ¿De qué sirve á su ambición la fortuna de un amante mientras viva su esposo? Y si éste hubiera muerto, ¿cómo podrá gozar de esa fortuna cuando pregone la fama el desenfreno y la licencia de la viuda que se da nuevo marido?

— Sin duda que tu juicio es recto y acertado; pero la fama aplaude y celebra siempre la elección del soberano, cualquiera que sea esa elección. La ley es para los que reinan una cadena que ellos llevan cojida por un extremo con la mano y en el otro extremo están prendidos los pies de todos los demas.

— ¿Y permitirán los druidas semejante sacrilegio?

— Los cantos y las oraciones de los drui-

das bendecirán la elección del monarca, tanto más si recae en una de sus sacerdotisas y acrecienta su poder.

— ¡Cómo! ¡Bebrix! gritó confundido Saron.

— ¡Bebrix! exclamó Valla.

— Bebrix puede escalar el trono por elección de las tropas, porque Ambigat carece de sucesión directa. El más joven y amado de sus sobrinos pereció sobre el altar de Teutates, acusado de impiedad por Atax, el pontífice de los druidas: Belloveso y Sigovesso van á dejar la patria para siempre, llevados de su pasión por las conquistas, y arrastrarán consigo á los más bravos soldados: ¿quién puede asegurar, entre tanto, que Ambigat sobreviva mucho tiempo á esta ausencia? ¿Quién duda, pues, que Bebrix, permaneciendo en el país donde se ha presentado como el más poderoso guerrero de nuestra comarca; que Bebrix, aceptado por los druidas y sostenido por los deudos de Elomare, no sea proclamado jefe soberano de la nación celta?

— ¡Él! exclamó Saron. ¡Cómo, siendo tan pobre en nuestro país que apenas encontró soldados que quisieran seguirle, ha podido Bebrix formar proyectos tan atrevidos!

— No ha sido él quien ha imaginado esos proyectos, Saron; sino que se ejecutan por

él para saciar las ambiciones de una funesta mujer. Como eres joven todavía, y además te has educado en las sencillas costumbres de nuestras montañas, no puedes comprender, ni aún sospechar siquiera, los terribles y misteriosos secretos de la vida, ni el móvil verdadero de las acciones de los hombres: la experiencia que he adquirido con la edad me facilita el estudio de ambas cosas, y yo te juro que, si se realizan mis sospechas, he de hacer fracasar los planes de Elomare.

Ruscin guardó silencio, y Saron quedó como abismado ante la magnitud é importancia de las cosas que acababa de escuchar. Abatido y triste por la convicción de su debilidad física, que no le dejaba ni la más mínima esperanza de alcanzar la estimación y el prestigio de los celtas en las luchas y juegos que iban á celebrarse, desmayaba más aún por la conciencia que había adquirido de su pobreza intelectual. Se admiraba de la penetración y sagacidad con que Ruscin parecía haber profundizado, analizado y desenvuelto una red de crímenes y una trama de circunstancias y detalles, cuya existencia no hubiera él sospechado siquiera, ni le hubiese sido posible explicarse. Ignoraba que así el mal como el bien tienen la ciencia y conciencia de lo que le es afín ó propio, y no sabía, por



consiguiente, que el perverso tiene la propension de encontrar fácilmente el crimen, porque le da vida y formas en su imaginación bajo todas sus fases y posibilidades; así como es incapaz y falto de sentimientos para amar la belleza, para presentir los actos nobles y elevados y para comprender las grandes virtudes. Por eso no hubiera podido nunca Saron adivinar los horribles criminales proyectos de los infames; así como Ruscín no hubiera podido comprender tampoco á Saron, si éste le hubiese hablado de los nobles sentimientos de su alma, cuya existencia no conocía aquél.

De nuevo volvió á reinar en la tienda un prolongado silencio, y fué también Ruscín, por tercera vez, quien le puso término en el momento de disponerse á abandonarla.

— Sí, dijo á Saron; yo te juro que sabré aniquilar los proyectos de Elomare; yo te juro que te volveré tus soldados, que recuperaré los míos, y que continuaremos siendo los más poderosos de la nación: y cuando tu matrimonio con Valla hubiese estrechado y afianzado nuestra alianza, veremos quién ha de ocupar en su día el trono de Ambigat.

Las últimas palabras de Ruscín excitaban una contracción de despecho en el rostro de Valla. Aquel hombre astuto y mali-

cioso, que había profundizado hasta en sus entrañas, y de suposición en suposición, los más secretos giros de un pensamiento político, no había podido adivinar el camino que había emprendido ya la imaginación de su hija: no podía sospechar que todo lo que había manifestado contra Bebrix hablaba en favor de éste en el corazón de Valla. La joven se decía en su pensamiento que el soldado á quien la poderosa sacerdotisa Elomare, la más bella mujer del país de Bourges, había elegido y distinguido, á pesar de su pobreza, debía ser un hombre muy superior. En efecto, Bebrix no tenía rival en fuerzas ni en valor, era elocuente, arrojado y digno de la jefatura que ambicionaba. Valla se creía obligada á reconocerlo así, y esta idea le atormentaba, porque muy frecuentemente sucede que el amor no es más que una lucha en el corazón impresionable de las mujeres, y una rivalidad las seduce y consigue de ellas lo que ántes, tal vez, no han podido alcanzar las más nobles cualidades ni el más apasionado afecto. Esto es lo que se observa y sucede en los civilizados tiempos del siglo XIX, y esto mismo debía suceder y sucedía en los incultos y nebulosos tiempos de la barbarie; porque aunque bajo otras costumbres y con diferentes formas, esa ha sido siempre una de las inmutables pasiones

de la humanidad: si la manera de expresarlas era entonces más sencilla ó salvaje, consistía en que la pobreza de los idiomas no poseía bastantes palabras donde se enredasen los pensamientos para vestirlos con el ropaje de la prudencia ó de la diplomacia; y si se manifestaban desembozada y abiertamente era porque leyes más tolerantes permitían hablar sin temor.

Estas reflexiones explicarán, sin duda, la conferencia que tuvo lugar entre Valla y Saron, después de la salida de Ruscín.

Los dos jóvenes quedaron solos é inmóviles el uno frente al otro: él había clavado la vista sobre Valla y ésta evitaba sus miradas.

Saron era una de esas criaturas que no nacen para la época en que viven: de alma sobrado inteligente para acomodarse á los horrores de la barbarie que le rodeaba, y careciendo de fuerzas para dominarla; de recto criterio, que no podía admitir como bueno un estado social apoyado únicamente en la fuerza bruta, pero sin valor para proclamar que ésta había de ser reemplazada un día por la fuerza moral. Era Saron, pues, uno de esos hombres nacidos para sólo sufrir y á quienes falta la fe de los grandes caracteres, la noble estimación de sí mismos y la orgullosa conciencia de que valen más que todo cuanto se ajita y

vive en torno suyo. ¡Quién sabe si pensáracuerdamente, no aparentando ese orgullo! Tal vez no sean útiles y convenientes á la humanidad más que dos clases de caracteres; unos, los que caminando en pos de las ideas de su época le prestan sus servicios con arreglo á su capacidad intelectual; y otros, los que adelantándose á esas ideas logran arrastrar consigo á las sociedades hácia otras creencias ó costumbres. En cuanto á los demas, dotados de superior inteligencia, pero sin energía, ó sin fuerzas para poner por obra sus concepciones, no sirven, las más de las veces, sino de obstáculos en el mundo. Tal vez esa indiferencia con que marcha la sociedad arrollando en su camino á los seres que le son incompatibles y que no han logrado hacerse superiores á ella, sea una de las inevitables necesidades para el cumplimiento de los humanos destinos.

Ya se ha dicho que Saron había permanecido inmóvil contemplando á Valla, la cual procuraba guarecerse en el disimulo de la reserva; porque la hija de Ruscín tenía sentimientos diametralmente contrarios á los de Saron. Valla representaba todo lo que su sexo ha tenido de más vulgar en todas las épocas y en todos los tiempos: gustaba de las inclinaciones más rutinarias, por faltar á su entendimiento la necesaria

capacidad y reflexion para comprender y apreciar lo nuevo é inusitado, dejándose dominar y seducir por aquello que más heria á su vista; porque la mujer lleva siempre consigo el instinto de su sexo, que le inclina á prendarse de la belleza exterior y de la fuerza. Si este sentimiento se manifiesta aún en la mujer de nuestros días, á pesar de las barreras que han opuesto á ello la civilizacion y las ideas filosóficas y morales, puede calcularse qué grado alcanzaria cuando corrian los tiempos en que la fuerza bruta y el continente hermoso eran las cualidades que constituian, no sólo la razon y el derecho, sino tambien la virtud.

A Saron le apesadumbraba el carácter de Valla sin comprenderlo, ó más bien, sin podersele explicar. Al fijar en ella su atenta mirada queria penetrar con la vista en el corazon y en el pensamiento de la jóven; y ésta, dejándose perseguir por la investigacion de aquella insistente mirada, distraia la suya.

— ¿En qué piensas, Valla? preguntóle al fin Saron.

Valla se turbó en un principio; pero recobrando muy luégo su serenidad y adoptando una meditada resolucion, contestó:

— Pienso, Saron, que aún existe para algun hombre una fortuna que intentar en

una carrera tan venerada y gloriosa como la de las armas.

— Cual, Valla?

— La del sacerdocio de nuestros Druidas, para la cual el talento y la elocuencia son las primeras cualidades necesarias. Pueden ignorar el manejo de las armas, y aún carecer de fuerzas para llevarlas, sin estar por ello expuestos al escarnio de los demas; y cuando poseen la ciencia de esplicar el vuelo de las aves y la adivinacion del destino por la virtud de la varilla desgajada del ligustro (1), ó por la direccion de los caballos sagrados, alcanzan una consideracion mayor y un lugar preferente al de los más ilustres guerreros.

Saron comprendió el consejo que Valla habia querido dirigirle; pero deseando conocer á fondo toda la intencion de la jóven, acercóse á ella en ademan cariñoso, diciéndole con dulce acento:

— Tal vez tengas razon, Valla: no hay posicion más brillante que la de la esposa de un druida, y...

La hija de Ruscín no le dejó continuar, é interrumpiéndole con la imprudente lijereza de una jóven, en cuyo corazon re-

---

(1) Alheña ó ligustro: arbusto de la familia jasminica que se da en las regiones templadas.—(N. del T.)

bosa el deseo de una desenfrenada pasión, le dijo :

— ¡Oh, jamás! Yo no quiero arrastrar la vida de una druidesa por más honorable y poderosa que fuese tal posición : deseo por esopo un ilustre guerrero que pueda proporcionarme collares y cadenas de oro con las riquezas que arrebate despues de vencer á los enemigos.

— ¿Y sabes tú, Valla, quién es el hombre que ha de satisfacer tus deseos?

Las mejillas de la jóven se cubrieron de rubor, sin comprender aún la extension de aquella pregunta; y huyendo el rostro y con la vista baja respondió :

— Mi padre me ha dicho muchas veces que se llamaba Saron.

— Ayer se llamaba Saron : hoy se llama Bebrix.

Y Saron se precipitó fuera de la tienda sin esperar la contestacion de Valla; quien se consideraba muy dichosa y afortunada porque la penetracion de Saron le habia evitado una revelacion del sentimiento que llenaba su corazon y estaba á punto de derramarse por sus labios.

Sigamos ahora á Ruscín, que, persuadido de haber penetrado las intenciones y proyectos de Elomare, recorría la ciudad y los diversos campamentos, injiriéndose y deslizándose entre los soldados de los di-

ferentes ejércitos, á quienes intentaba seducir para interesarlos en favor de su causa y de la de Saron. Penetró primero en el campo de los carnutos, que era la tribu más feroz y salvaje de los celtas: el traje de estas gentes consistía solamente en un jaique ó saco que les cubria hasta las rodillas, plegándolo á la cintura con una grapa ó gancho de hierro los más curiosos, y con palmas los más miserables. No usaban, como los otros celtas, ni túnico ni bragas. Pero si eran los más atrasados en el lujo y las riquezas, gozaban, en cambio, el crédito de ser los primeros en valor y los más adelantados en la pelea. Entre estos bravos soldados habia algunos áun más valientes y fanáticos, que se distinguían por su luega cabellera y poblada barba, que habian hecho el solemne juramento de no cortar miéntas no ejecutasen algun acto heroico; señalándose algunos otros tambien por las pesadas y toscas argollas de hierro que se habian remachado á los brazos y á los tobillos en testimonio de la esclavitud que se habian impuesto á sí mismos, intera < la victoria no los manumitiese.

Por do quiera que se dirigia Ruscín observaba la completa desnudez de los niños y el aspecto montaraz y bravío de las mujeres, y en todas partes donde se presentaba le ofrecían lugar y asiento en los ban